

HE ESTADO EN RUSIA

Un religioso alemán que ha vivido cinco años en Rusia, primero como soldado y luego como prisionero, acaba de escribir una serie de artículos que tenemos sumo gusto en transcribir de "El Quotidiano", diario de la Acción Católica Italiana. Tienen el indudable interés anecdótico de quien ha vivido y observado libremente y sugieren interesantes consideraciones sobre el desapego entre Poder y pueblo a que suele llegarse en todos los regímenes totalitarios. Por otra parte, añaden al conocimiento usual del régimen ruso una serie de sagaces observaciones sobre el nacimiento de una nueva burguesía política y social, que merecen los honores del archivo.

No tengo intención de hablar ni de secretos políticos y militares, que ignoro, ni de los horrores de los campos de prisioneros, porque han sido frecuentemente descritos, y desde este punto de vista el mundo occidental sabe a qué atenerse. Mi testimonio versará sobre aspectos cotidianos e íntimos de la vida soviética, menos conocidos en el extranjero.

No conozco, naturalmente, sino ciertas regiones del inmenso país: pero durante los cinco años y medio pasados en Rusia, primero como "ocupante" y después como prisionero de guerra, he podido ver no sólo la Ucrania y el Cáucaso, sino también diversas provincias de la Rusia central. En la Unión Soviética los prisioneros de guerra no permanecen inactivos detrás de las alambradas. He trabajado primero como albañil y después —cuando mis conocimientos del ruso llegaron a oídos de las autoridades— con la función de intérprete en los hospitales, en los "kolkozoes", en diversas administraciones y hasta en una "Sección política". Esto significa que he tenido modo de conocer a los ambientes más diversos y hacerme muchos amigos. Lo que me decían los amigos rusos y los compañeros de prisión, me ha permitido controlar y completar mis impresio-

nes personales. Pienso, pues, que puedo generalizar ciertas observaciones sin traicionar por esto la verdad.

Impresión de Pobreza

Para comenzar por los aspectos materiales, diré que el país soviético, virtualmente el más rico del mundo, produce una impresión general de pobreza. Que esto ocurra en las regiones devastadas por la guerra, es más que natural. Pero lo que choca es el aspecto de las ciudades en regiones a las que la guerra ha respetado. Excepción hecha de dos o tres calles centrales, todo en ellas parece respirar miseria. Ninguna o casi ninguna construcción nueva. Las casas superpobladas —de un modo que es difícil de imaginar en Occidente—, están en mal estado de conservación, como están mal pavimentadas las calles. Las tiendas medio vacías, tienen un aspecto desolador. En torno al mercado y cerca de las iglesias largas filas de mendigos andrajosos muestran a los transeúntes sus miembros mutilados y las condecoraciones que adornan sus pechos asquerosos. En su mayor parte son, en efecto, excombatientes cuya pensión mensual no pasa de los ochenta rublos (el precio de dos kilos de carne) y a los que los albergues poco numerosos no pueden dar acogida.

Aunque la gente no presenta ya nada de aquel desaliño de los primeros años de la revolución y es visible el cuidado del vestido, los trajes de la mayor parte de los transeúntes traicionan su pobreza. Los vestidos de cierta elegancia y los trajes de cierto corte son raros y saltan inmediatamente a la vista. El hecho es que el pretendido régimen "sin clases" no ha sabido asegurar a los ciudadanos en su conjunto un nivel medio de vida, sino que ha creado dos clases distintas: un "proletariado" que comprende a la mayor parte de la población y una nueva "burguesía", a quien el relativo desahogo y, sobre todo, la "conciencia de clase" tiende a aislar cada vez más de las masas.

Este fenómeno se debe, ante todo, a

la enorme diferencia de los salarios. Los altísimos de los "jefes" y de los grandes especialistas de todo tipo contrastan con los salarios ridículamente bajos de la mayoría de los trabajadores no calificados o de calificación medija. Mientras que el primer grupo —o más exactamente el estrato superior de él— gana abundantemente, el otro no gana ni siquiera el mínimo para atender a las propias necesidades. En ningún otro país moderno se verifica un estado semejante de cosas.

El problema del presupuesto familiar

Pongamos algún ejemplo concreto: un obrero calificado medio, o un pequeño empleado gana, en general, de 500 a 600 rublos al mes. Es una suma que podría bastar para un soltero, con la condición de que encuentre lecho y un dormitorio (unos 100 rublos) y que se contente con una sola comida al día, consumida en su mesa de la oficina. Pero para un hombre de esta categoría que esté casado, el problema del presupuesto viene a ser insoluble. Ante todo, también la mujer debe trabajar. Pero es preciso pagar una vivienda —si se encuentra— de 200 a 300 rublos. Después es preciso pagar la calefacción y la luz, y cuando llega un hijo adquirir al menos un litro de leche al día, lo que representa un gasto de 90 rublos al mes. Y, sin embargo, existen salarios mucho más bajos. Un conductor de automóvil recibe, por ejemplo, de 300 a 400 rublos. Una criada, 350 rublos. Simplemente, sumando los precios de la cama y de la mesa, se llega a una cifra más elevada.

Se nos preguntará cómo se arreglan para vivir. Esto depende de las circunstancias, del grado de resistencia física y aun del grado de honradez. Los hay que, después de ocho horas de trabajo, hacen horas complementarias en los turnos de la tarde o de la noche. Hay obreros que se transforman por la tarde y los domingos en pequeños artesanos y trabajadores para los particulares. Otros se dedican a cultivar un pequeño huerto. Las mujeres hacen punto o cosen. Pero muchas veces se recurre a sistemas menos condesables. Tomemos, por ejemplo, un conductor de automóvil. Ante todo, puede vender la cesión de un asiento (un "kolkoziano" que va al mercado le pagará con mucho gusto una veintena de rublos por un trayecto de 10 kilómetros); puede hacer un viaje bien pagado por cuenta de particulares; en fin, en el transporte de mercancías,

puede siempre hacer desaparecer una caja (comprando el silencio del almacenista) y llevar su contenido al mercado.

Hurto y mercado negro

El hurto y el mercado negro están, por otra parte, inseparablemente unidos. ¿Dónde va a coger un electricista "negro" el cable y los restantes materiales imposibles de encontrar en el comercio oficial y costosísimos en los mercados? Naturalmente, en el taller donde trabaja. Y su mujer. ¿de dónde hará salir la lana para sus trabajos de punto? Es natural, del taller en que trabaja. No tienen ningún escrúpulo en robar al Estado administrador. Y el Estado no sabe cómo defenderse desde el punto en que no sabe cómo nutrir a la población. Estando la falta de honestidad difundida en todos los grados de la escala jerárquica, no hay nadie que tenga interés en alzarse contra ella.

La situación del proletariado intelectual (que comprende a los jefes de grado subalterno) no es superior a la del proletariado obrero. En un hospital en que he trabajado, la doctora —es de observar que la medicina en Rusia ha venido a ser una profesión femenina— recibía 750 rublos con obligación de ocho horas de presencia. Estaba casada con un funcionario de 1200 rublos, y tenía a su cargo dos hijos y un anciano tío. Con una disponibilidad de 2000 rublos le era necesario no sólo alimentar cinco bocas, sino además conservar el propio decoro y llevar a la familia vestida decentemente. Naturalmente, la pobrecita llevaba su trabajo de punto al hospital y consagraba en él la mayor parte del tiempo. El servicio venía después. Un suplemento lo obtenía de la farmacia. En efecto, siendo gratuita en Rusia sólo la consulta, mientras que las medicinas cuestan carísimas, era posible ganar algo vendiendo bajo mano, a precios modestos, las medicinas. El azul de metileno, la quinina, los estreptocidos, son buscadísimos en el mercado negro.

La gasa se emplea en la fabricación de falsos encajes, en lámparas o cortinas. Y, finalmente, ciertos productos farmacéuticos dan un tinte excelente.

La honradez no produce estímulos

El ejemplo de un hombre fundamentalmente honrado no provoca ningún estímulo de emulación. Citaré el caso de un oficial superior, comandante de un campo de prisioneros. Estaba casado y su sueldo era de 1.200 rublos. Le ha-

bían asignado dos pequeñas estancias en los barracones en que estaban los oficiales del campo. Proveniente del Asia central no había podido llevar sus muebles. Se pudo procurar alguna mesa y algunas sillas, y ya fué bastante. Durante dos años, él y su mujer durmieron en el suelo. Las primeras semanas de todos los meses, la pequeña familia saciaba su hambre. Hospitalario como era, a veces invitaba a algún amigo. En estos casos, la dueña de la casa comía la carne con el cuchillo y la menestra en una lata de conserva, porque no había en la casa sino dos tenedores y dos platos. Pero hacia fin de mes, las cosas se ponían mal: el comandante y su mujer, para no morir de hambre, no tenían más remedio que aprovechar la complacencia del cocinero e ir a la cocina común para comer una ración destinada a los prisioneros.

Todo esto puede causar estupetación a quienes hayan oído hablar de la reforma económica de diciembre de 1947, de la abolición del racionamiento, de los precios fijados por el Estado y rebajados en diversas ocasiones. La propaganda soviética ha hecho mucho ruido a este propósito, como suele hacerlo con la extensión de los servicios sociales de todas clases y, sobre todo, con la asistencia gratuita a los enfermos.

El "bluff" de la baja de precios

Aquí es necesario distinguir entre verdad y "bluff". Es ciertísimo que en la época de la abolición del racionamiento la gente encontró con gran maravilla suya que los almacenes del Estado tenían profusión de los productos alimenticios más apetecibles a precios que, aun siendo más altos que los del racionamiento suprimido, eran mucho más bajos que los del mercado "libre". Pero el gozo duró poco. Por una parte, los precios —aun después de las nuevas reducciones— continuaron siendo demasiado elevados en relación con los salarios. Por otra, los artículos más buscados (es decir, los de más alto nivel nutritivo y de menor precio) manifestaron la tendencia a desaparecer de los almacenes del Estado. Los suministros de azúcar, harina, sémola, aceite, se hicieron raros e irregulares. Lo que no faltó nunca fueron los géneros de lujo y placer. Siempre se puede encontrar en un almacén del Estado caviar, licores, dulces. Pero es

imposible que a ellos lleguen los modestos bolsillos. Entonces es necesario dirigirse al mercado.

Este mercado (bazar) que he citado, ocupa en la vida rusa un puesto fundamental. Es al mismo tiempo mercado regular, mercado negro y mercado menudo. Tiene reunidos los caracteres del mercado moderno y mercado prehistórico, porque en él se hace el trueque de mercancías. En principio, los "kolkozianos" podrán vender en él los productos de sus huertos familiares a precios libres regulados por la oferta y la demanda, superiores en general a los precios oficiales en un 25 a un 50 por 100. Pero es fácil comprobar que junto a artículos insospechables, venden también productos que, evidentemente, no provienen ni de los aldeanos ni de los huertos privados. Pero los vigilantes parecen no darse cuenta de ello. Por otra parte, dan una prueba de tolerancia tanto más amplia si el tráfico se efectúa fuera de los mercados (en que los vendedores deben pagar un tanto por ciento más elevado de derechos), en las calles y en los alrededores de los mercados autorizados. Allí se vende y se cambia de todo. Alimentos, muebles, objetos nuevos y usados de todas clases. Para encontrar lo que se busca, sólo es preciso orientarse. Después de algunas semanas de estancia en X, estaba perfectamente informado. Sabía que en la calle Nueva se encontraba con facilidad el azúcar, porque allí ponen sus puestos los de Marakova (donde hay una refinería), mientras si querías procurarte unos cueros para zapatos, debías buscar en la calle del Primero de Mayo a los aldeanos de Pokrovkoié (donde funciona una importante fábrica de calzados).

Por decirlo en pocas palabras, todo lo necesario se encuentra a los precios del "bazar", no a los precios de los almacenes del Estado, donde se vende muy poco. Y es según aquéllos como se precisa calcular el presupuesto real de un ciudadano soviético. Así como para conocer su economía real, le hace falta saber no sólo cuánto sube su salario, sino a cuánto ascienden sus gastos. En cuanto al 38 por 100 que, según la prensa soviética, haría falta aumentar los salarios, temiendo en cuenta las diversas ayudas y facilidades concedidas a los ciudadanos, es claro que esta cifra no existe sino en la cabeza de los señores que hacen las estadísticas.

(Continuará)